



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XIX

Nº 33

08.06.2025

Domingo de PENTECOSTÉS

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	De los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 1-11)
Salmo Responsorial	Salmo 103 (Sal 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34)
2ª Lectura	De la 1ª Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (1Cor 12, 3b-7. 12-13)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN JUAN (Jn 20, 19-23):

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos.

Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «**Paz a vosotros**».

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «**Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo**».

Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «**Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos**».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

Encuentro con Jesús:



La primera cuestión que nos plantea la lectura de este texto evangélico es ésta: ¿cómo puede ser real el cuerpo del Señor después de la resurrección, si pudo entrar en la casa estando las puertas cerradas? Pero hemos de tener en cuenta que las obras de Dios no serían admirables, si fueran comprensibles para nuestra inteligencia; y que la fe no tiene mérito alguno, si la razón humana le aporta las pruebas.

Y les dijo: Paz a vosotros. Como mi Padre me ha enviado, así también os envío yo. Esto es: como el Padre, que es Dios, me ha enviado a mí que soy Dios, así también yo, que soy hombre, os envío a vosotros, que sois hombres. El Padre envió al Hijo y determinó que se encarnara para la redención del género humano. Quiso ciertamente que viniera al mundo a padecer, y sin embargo amó al Hijo a quien mandó a la pasión. Asimismo, a los apóstoles, que él eligió, el Señor los envió al mundo no a gozar, sino —como él mismo fue enviado— a padecer. Y así como el Hijo es amado por el Padre y no obstante es enviado a padecer, de igual modo los discípulos son amados por el Señor y, sin embargo, son enviados al mundo a padecer.

SAN GREGORIO MAGNO, PAPA

POR UNA IGLESIA SINODAL: Comunión, participación y misión.

Documento Final XVI Asamblea del Sínodo de los Obispos. (7)

Parte I - El corazón de la sinodalidad (1)

Llamados por el Espíritu Santo a la conversión

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba (Jn 20,1-2).

... ..



En la mañana de Pascua encontramos a tres discípulos: **María Magdalena, Simón Pedro y el Discípulo a quien Jesús amaba.** Cada uno de ellos busca al Señor a su manera; cada uno tiene su propio papel en el amanecer de la esperanza. María Magdalena está impulsada por un amor que la lleva primero al sepulcro. Advertidos por ella, Pedro y el Discípulo Amado se dirigen hacia el sepulcro; el Discípulo Amado corre con la fuerza de la juventud, busca con la mirada del que intuye primero, pero sabe ceder el paso al mayor que ha recibido el encargo de guiar; Pedro, agobiado por haber negado al Señor, espera la cita con la misericordia de la que será ministro en la Iglesia. María permanece en el huerto, oye que la llaman por su nombre, reconoce al Señor que la envía a anunciar su resurrección a la comunidad de los discípulos. **Por eso la Iglesia la reconoce como Apóstol de los Apóstoles. Su mutua dependencia encarna el corazón de la sinodalidad.**

La Iglesia existe para testimoniar al mundo el acontecimiento decisivo de la historia: **la Resurrección de Jesús.** El Resucitado trae la paz al mundo y nos da el don de su Espíritu. Cristo vivo es la fuente de la verdadera libertad, el fundamento de la esperanza que no defrauda, la revelación del verdadero rostro de Dios y del destino último del hombre. Los Evangelios nos dicen que, para entrar en la fe pascual y ser testigos de ella, es necesario reconocer el propio vacío interior, las tinieblas del miedo, de la duda y del pecado. **Pero quienes, en la oscuridad, tienen el valor de salir y ponerse a buscar, descubren realmente que son buscados, llamados por su nombre, perdonados y enviados junto a sus hermanos y hermanas.**

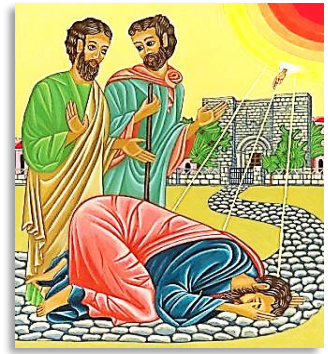
La Iglesia Pueblo de Dios, sacramento de unidad

Del Bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo brota la identidad del **Pueblo de Dios.** Se realiza como llamada a la santidad y envío en misión para invitar a todos los pueblos a acoger el don de la salvación. **Es, pues, del Bautismo, en el que Cristo nos reviste de Sí mismo y nos hace renacer por el Espíritu como hijos de Dios, de donde nace la Iglesia sinodal misionera.** Toda la vida cristiana tiene su fuente y su horizonte en el misterio de la Trinidad, que suscita en nosotros el dinamismo de la fe, de la esperanza y de la caridad.

“Quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente, como excluyendo su mutua conexión, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa” (LG 9). El Pueblo de Dios, en camino hacia el Reino, se alimenta continuamente de la Eucaristía, fuente de comunión y de unidad: **“Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan”** (1 Cor 10,17). La Iglesia, alimentada por el sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor, se constituye como su Cuerpo: **“Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro”** (1 Cor 12,27). Vivificada por la gracia, ella es el Templo del Espíritu Santo: es Él, en efecto, quien la anima y construye, haciendo de todos nosotros las piedras vivas de un edificio espiritual.

Seguirá, D.M., en la próxima Hoja Semanal ...

Antes de empezar a narrar específicamente la CONVERSIÓN DE SAN PABLO, conviene destacar un aspecto muy importante en cuanto a lo referente a su predicación del Evangelio, ya que su testimonio ratifica que los Evangelios narran lo que los Apóstoles vieron y oyeron de Jesús. ¿Quién le reveló el evangelio a Pablo con todas sus realidades y doctrinas vitales, y quién lo nombró y le enseñó a ser un apóstol? Pablo es categórico en decir que fue Jesús mismo, y así lo escribe.



Para los demás discípulos, la prueba de que Pablo no estaba mintiendo acerca de haber recibido el Evangelio directamente de Cristo fue en el hecho de que lo que Pablo aprendió de Jesús era no solo minucioso, sino que además estaba en perfecto acuerdo con lo que el Señor les había enseñado en privado.

Dice san Pablo en la Carta a los Gálatas: Os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo. Porque habéis oído hablar de mi pasada conducta en el judaísmo: con qué saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba.

Pero, cuando aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí para que lo anunciara entre los gentiles, no consulté con hombres ni subí a Jerusalén a ver a los apóstoles anteriores a mí, sino que, enseguida, me fui a Arabia, y volví a Damasco. Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas, y permanecí quince días con él. De los otros apóstoles no vi a ninguno, sino a Santiago, el hermano del Señor.

Dios es testigo de que no miento en lo que os escribo. Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia. Personalmente yo era un desconocido para las iglesias de Cristo que hay en Judea; solo habían oído decir que el que antes los perseguía anuncia ahora la fe que antes intentaba destruir; y glorificaban a Dios por causa mía.

Después, transcurridos catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Subí por una revelación. Y les expuse el Evangelio que predico entre los gentiles, aunque en privado, a los más cualificados, no fuera que caminara o hubiera caminado en vano. Sin embargo, ni siquiera obligaron a circuncidarse a Tito, que estaba conmigo y es griego. Di este paso por motivo de esos intrusos, esos falsos hermanos que se infiltraron para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y esclavizarnos.

Pero ni por un momento cedimos a su imposición, a fin de preservar para vosotros la verdad del Evangelio. En cambio, de parte de los más representativos no me añadieron nada nuevo; todo lo contrario, vieron que se me ha encomendado anunciar el Evangelio a los incircuncisos, lo mismo que a Pedro a los circuncisos, pues el mismo que capacita a Pedro para su misión entre los judíos, me capacita a mí para la mía entre los gentiles; además, reconociendo la gracia que me ha sido otorgada, Santiago, Cefas y Juan, considerados como columnas, nos dieron la mano en señal de comunión a Bernabé y a mí, de modo que nosotros nos dirigiéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos. Solo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, lo cual he procurado cumplir.

Nota aclaratoria: Santiago, conocido como "el hermano de Jesús", no era hijo biológico de María, sino un pariente cercano, probablemente un primo o hermanastro, de Jesús. **La Biblia no menciona a Santiago como hijo de María y José.** La tradición de la Iglesia Católica y Ortodoxa interpretan la mención de "hermanos" de Jesús en los Evangelios como parientes cercanos, no necesariamente hijos biológicos. **Posibles parentescos:** Santiago podría ser un primo de Jesús, hijo de una hermana de María, o un hermanastro de Jesús, hijo de José de un matrimonio anterior. La palabra griega "**adelphos**" (ἀδελφός) puede utilizarse para referirse a parientes cercanos, como hermanos carnales o parientes consanguíneos, así como a parientes más lejanos. En el contexto del Nuevo Testamento, "**adelphos**" suele traducirse como "hermano", pero su significado puede ser más amplio y abarcar relaciones familiares más amplias.

Texto de la Carta a los Gálatas de S. Pablo, tomado de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española: 1, 11-24 y 2, 1-10.

Continúa D.m. en la próxima HS...



Especial Jóvenes

Parroquia NTRA. SRA. REINA del CIELO

Año XIV

Nº 33

08.06.2025

RAZONES PARA CREER EN JESÚS (33). La Resurrección (11).

Catequesis de SS Juan Pablo II, 8 de Marzo, 1989.

LA RESURRECCIÓN CULMEN DE LA REVELACIÓN

En la Carta de San Pablo a los Corintios, recordada ya varias veces en estas catequesis sobre la resurrección de Cristo, leemos estas palabras del Apóstol: *'Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe'* (1 Cor 15, 14). Evidentemente, San Pablo ve en la resurrección el fundamento de la fe cristiana y casi la clave de bóveda de todo el edificio de doctrina y de vida levantado sobre la revelación, en cuanto confirmación definitiva de todo el conjunto de la verdad que Cristo ha traído. Por esto, toda la predicación de la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, a través de los siglos y de todas las generaciones, hasta hoy, se refiere a la Resurrección y saca de ella la fuerza impulsora y persuasiva, así como su vigor. Es fácil comprender el porqué.



La resurrección constituía en primer lugar la confirmación de todo lo que Cristo mismo había hecho y enseñado. Era el sello divino puesto sobre sus palabras y sobre su vida. El mismo había indicado a los discípulos y adversarios este signo definitivo de su verdad. El ángel del sepulcro lo recordó a las mujeres la mañana del 'primer día después del sábado': 'Ha resucitado, como lo había dicho' (Mt 28, 6). Si esta palabra y promesa suya se reveló como verdad también todas sus demás palabras y promesas poseen la potencia de la verdad que no pasa, como El mismo había proclamado: 'El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán' (Mt 24, 35; Mc 13, 31; Lc 21, 33). Nadie habría podido imaginar ni pretender una prueba más autorizada, más fuerte, más decisiva que la resurrección de entre los muertos. Todas las verdades, también las más inaccesibles para la mente humana, encuentran, sin embargo, su justificación, incluso en el ámbito de la razón, si Cristo resucitado ha dado la prueba definitiva, prometida por El, de su autoridad divina.

Así, la Resurrección confirma la verdad de su misma divinidad. Jesús había dicho: 'Cuando hayáis levantado (sobre la cruz) al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy'. Los que escucharon estas palabras querían lapidar a Jesús, puesto que 'YO SOY' era para los hebreos el equivalente del nombre inefable de Dios. De hecho, al pedir a Pilato su condena a muerte presentaron como acusación principal la de haberse 'hecho Hijo de Dios'. Por esta misma razón lo habían condenado en el Sanedrín como reo de blasfemia después de haber declarado que era el Cristo, el Hijo de Dios, tras el interrogatorio del sumo sacerdote, es decir, no sólo el Mesías terreno como era concebido y esperado por la tradición judía, sino el Mesías Señor anunciado por el Salmo 109/110 (Cfr. Mt 22, 41 ss.), el personaje misterioso vislumbrado por Daniel.

Esta era la gran blasfemia, la imputación para la condena a muerte: ¡el haberse proclamado Hijo de Dios! Y ahora su resurrección confirmaba la veracidad de su identidad divina y legitimaba la atribución hecha a Si mismo, antes de la Pascua, del 'nombre' de Dios: 'En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, Yo soy' (Jn 8, 58). Para los judíos ésa era una pretensión que merecía la lapidación (Cfr. Lv 24, 16), y, en efecto, 'tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo' (Jn 8, 59). Pero si entonces no pudieron lapidarlo, posteriormente lograron 'levantarlo' sobre la cruz: la resurrección del Crucificado demostraba, sin embargo, que Él era verdaderamente 'Yo soy', el Hijo de Dios.

Continuará D.m. en la próxima HS...